

Los disparates de Onelli

La figura de Clemente Onelli es la protagonista de esta novela de Alberto Mario Perrone enriquecida de citas literarias.

POR **LUIS CHITARRONI**



PERRONE. "La jirafa de Clemente Onelli" es su segunda novela.

Etiquetada en revista Ñ: *Alberto Perrone*

En el prólogo del viejo y querido **Manual de zoología fantástica**, Borges recuerda la visita de un niño al zoológico y dice que ve “jaguares, buitres, bisontes, y lo que es más extraño, jirafas”. Esa apelación a la extrañeza, al extrañamiento no impide revelar una fuente manifiesta de Borges, y sobre todo, de Bustos Domecq: el muy extraordinario médico inglés Thomas Browne, que dedicó a la moral y a la religión una atención ecuánime, y concluyó: “La naturaleza es el arte de Dios”, fervoroso ya de la simulación de simetría y de la incorregible mimesis. Por lo demás, resulta ejemplar la enumeración de Borges: un endecasílabo muy bien acentuado. La verecunda opción americana –“jaguares”– reitera también un recurso válido del hombre que quería “un idioma de los argentinos”. Con la misma intención, con la misma valiosa osadía, tal vez con distinta jirafa, Alberto Perrone saca a pasear a Onelli. Este “saca a pasear” no es despectivo ni superficial. Si yo escribiera “recrea”, me sentiría un poco escolar. Pasear tiene que ver con toda una tradición, con todo un linaje, con toda una realce y lo contrario: con toda una ralea de caminadores (no voy a mencionar a Walter Benjamin).

El paseo, por lo demás, no es solo espacial. **La jirafa de Onelli** derrocha su altísima sombra por la literatura argentina, y el autor consigue gracias a ella circunvalar una época con las mejores brújulas y una ironía muy precisa, que acaso una crónica más vigente en los tiempos de Onelli –que abarcaron lo propio sin despreciar lo de todos– definiría de “irresistible”. Tal como solía definirse la de Oscar Wilde, que aparece en este libro después de la cárcel de Reading, gordinflón y con los dientes negros, pidiendo que no se lo digamos a nadie. Pero el secreto de la novela no reside, claro, en este juego de escondidas de personajes famosos o infames, sino en la ceremoniosa aptitud de Alberto Perrone para reservar a la geografía una invariable temporal tan recrudescida que, si durara menos, los críticos literarios llamarían “atmósfera”.

Un método exitoso encuentra casi siempre la gracia de pasar inadvertido. Y es en esa versión invisible del viaje en el tiempo que Perrone nos impone de nuevo su ventaja. Es una precedencia muy aventurada la del autor, tanto que a veces nos hace llegar tarde a nuestro pasado. Sin embargo, algo del estilo lo disimula: la gentil (nunca afectada) destreza conversacional, que poco tiene que ver con

los tratamientos coloquiales facilongos. Por lo demás, y de acuerdo con un programa tan ambicioso que valdría la pena imitar, el Onelli de la cronología tiene una repercusión tan admirable y variada como la ántuma (el término que Alphonse Allais acuñó para qué póstuma no se quedara sin antónimo) de Tristram Shandy en la novela de Laurence Sterne. En esa vida extensa como una novela que comienza, los plesiosaurios, las alfombras y las jirafas, los bibelots tan caros a Mujica Lainez disponen de significaciones distintas, claro, y componen sin artificio una biografía posible de Buenos Aires.

No hay que olvidar que el título divide el protagonismo. Como criatura, la jirafa, especie de hipotenusa natural, pudo convocar alguna greguería de Gómez de la Serna (presente en el libro también, aunque sin pedir que lo silencien), pero tiene sin embargo un pariente natural (el único, creo) en puntuales y rítmicas páginas argentinas: el okapi de Pilar de Lusarreta. Este otro imparidigitado con aptitud para llegar a las hojas altas, de cuello un poco más corto y de pelaje más uniforme que el de la jirafa, es de una timidez tan literaria que solo se deja conocer en las buenas enciclopedias y, gracias a Pilar de Lusarreta, en las páginas que ella le dedica. Pero antes de que las palabras envejeczan, cuando la caída del telón cancele la buena salud de esta historia y exija, con histérico desdén por los berretines, otras alternativas biográficas, vale la pena leer una ficción capaz de incorporar tanto fuego y tanto susurro, tanta verdad y tanta impaciencia, tanto humor, tanta nostalgia (no de los tiempos idos, no de su presunta superioridad, de su irrecuperable candor), sino de las escenas que la conveniencia de una imaginación y una memoria comunes nos permite recuperar al margen de las aplomadas convenciones.